

Pero no piense usted, señorita, por esto, que es una vieja tétrica y ridícula. Nada de eso: es de lo más apacible y cariñosa, y tiene una conversación tan suave y tan divertida, que con sola ella entretiene á cuantas la visitan. En fin, si usted es capaz de sujetarse á una vida tan recóndita, por dos ó tres meses que podrá dilatarse su esposo de usted, cuando más, me parece que no hay cosa más á propósito.

Mi esposa, á quien en realidad yo había sacado de sus casillas, como dicen, porque ella estaba criada en igual recogimiento que el que acababa de pintar el marqués, no dudó un instante en responder: que ella iba á los bailes y á los paseos porque yo la llevaba; pero que siempre que quisiera dejarla en esa casa, se quedaría muy contenta y no extrañaría otra cosa más que mi ausencia. Yo me alegré mucho de su docilidad, y acepté el nuevo favor del marqués, dándole las gracias y quedando contentísimo de ver resucitadas mis esperanzas y tan asegurada mi mujer.

El marqués manifestó igual contento, según decía, por haberme servido, y se despidió, quedando en volver al otro día, así para darme á conocer en el almacén donde me habían de surtir y entregar la memoria, como para llevarnos á la casa de la buena señora su tía.

El resto de aquel día lo pasamos yo y mi esposa

muy alegres, haciendo mil cuentas ventajosas, paseándonos en el jardín de los bobos.

Al siguiente ya el marqués estaba en el mesón muy temprano. Me hizo entrar en su coche y me llevó al almacén, donde dijo se me surtiera la memoria de que había hablado el día anterior, y se me entregase según los ajustes que yo hiciera y como quisiera, y que él no era más que un comisionado para responder por mí y darme aquel conocimiento.

El comerciante, al oír esto, creyendo que era verdad lo que decía el marqués, me hizo mil zalemas y se despidió de mí con más cariño y cortesía que la que usó cuando entré en su casa. Ya se ve, no era por mí, sino por los pesos que pensaba desembolsarme.

Corrido este paso, volvimos al mesón, y el marqués hizo vestir á mi esposa y nos fuimos á Chapultepec,<sup>1</sup> donde tenía dispuesto un famoso almuerzo y comida.

Pasamos allí una mañana de campo bien alegre en aquel bosque, que es hermoso por su misma naturaleza. A la tarde, como á las cuatro, nos volvimos á la ciudad, y fuimos á parar á la casa de la señora tía.

Apeámonos; entró el marqués, tocó la campanilla del zaguán, bajó una criada vieja preguntando quién era. Respondió el marqués que él.—Pues voy á avisar

<sup>1</sup> Un hermoso bosque extramuros de México, aunque sin cosa más notable que el palacio que fabricó en él el señor don Bernardo de Gálvez, virrey que fué de Nueva España; sin embargo, suele servir de paseo.

á la señora, dijo la criada, que aquí no se le abre á ningún señor, si mi ama no lo ve por el escotillón de la sala. Espérese usted.

En efecto, nos estuvimos esperando ó desesperando como un cuarto de hora, hasta que oímos sonar una ventanita en el techo del mismo zaguán. Alzamos la vista, y vimos entre tocas á la venerable vieja con sus anteojos, mirándonos muy espacio, y volviendo á preguntar que quién era. El marqués, como enfadado, le dijo: — Yo, tía, yo, Miguel. ¿Abren ó no? — A lo que la vieja respondió: — ¡Ah! sí, Miguelito; ya te conozco, mi alma; ya te van á abrir; pero y ese otro señor, ¿viene contigo, hijo? — ¡Oh, porra! dijo el marqués, ¿pues con quién ha de venir? — Pues no te enojés, dijo la vieja, van.

Con esto cerró el escotilloncito, y el marqués nos dijo: — ¿Qué les parece á ustedes? ¿Han visto clausura más estrecha? Pero no se aturda usted, niña, que no es tan bravo el león como se pinta.

A este tiempo llegó la vieja criada y abrió el postigo. Entramos, subimos las escaleras, y ya estaba esperándonos en el portón la señora tía, vestida con su hábito azul y sus tocas reverendas, con sus anteojos puestos, un paño de rebozo fino de algodón y su rosario gordo en la mano. Como le debí tantos favores á esta buena señora, conservo su imagen muy viva en la memoria.

Nos recibió con mucho cariño, especialmente á mi

esposa, á quien abrazó con demasiada expresión, llenándola de *mi alma y mi vida*, como si de años atrás la hubiera conocido. Entramos á dentro, y á poco nos sacaron muy buen chocolate.

El marqués la dijo el fin de su visita, que era ver si quería que aquella niña se quedara unos días en su casa. Ella mostró que en eso tendría el mayor gusto; pero que no tenía más defecto que no ser amiga de paseos ni visitas, porque en eso peligraban las almas, y en seguida nos habló como media hora de virtud, escándalo, reatos, muerte, eternidad, etc., amenizando su plática con mil ejemplos, con los que tenía á mi inocente mujer enamorada y divertida, como que era de buen corazón.

Aplazado el día de su entrada en aquel pequeño monasterio, nos dijo: — Sobrino, señores; vengan ustedes á ver mi casita, y que venga mi novicia á ver si le gusta el convento.

Condescendimos con la reverenda, y á mi esposa le agradó mucho la limpieza y curiosidad de la casa, particularmente los cristales, pajaritos y macetas.

En esto se pasó la tarde, y nos despedimos, saliendo mi mujer preñadísima de la señora.

Nosotros nos quedamos en el mesón y el marqués se fué á su casa. En los seis días siguientes recibí la memoria, solicité mulas, y dejé listo mi viaje; pero en todo este tiempo no se descuidó mi protector en obse-

quiar y pasear á mi esposa, porque decía que era menester divertir á la nueva monja.

Es verdad que yo, mirando el extremo del marqués con ella, no dejaba de mosquearme un poco; pero como tenía tanta satisfacción en el amor y buena conducta de mi esposa, no tuve embarazo para comunicarla mis temores; á lo que ella me contestó; que los depusiera; lo uno, porque me amaba mucho y no sería capaz de ofenderme por todo el oro del mundo, y lo otro, porque el marqués era el hombre más caballero que había conocido, pues aun cuando salía con mi permiso con él y una criada en su coche, jamás se había tomado la más mínima licencia, sino que siempre la trataba con decoro. Con esta seguridad me tranquilicé, y ya traté de salir de esta capital á mi destino.

Díjeme un día al marqués como todo estaba corriente, y él, que no deseaba otra cosa que verse libre de mí, me dijo que á la tarde vendría para llevarme á casa de su deuda, y yo podría salir la mañana siguiente.

Mi esposa me suplicó le dejase al mozo Domingo para tener un criado de confianza á quien mandar si se le ofrecía alguna cosa. Yo accedí á su gusto sin demora, y el marqués no puso embarazo en ello; antes dijo:— Mejor, se le dará un cuarto abajo á Domingo, y les podrá servir de portero y compañía.

Mientras que el marqués se fué á comer, compuse

el baúl de mi esposa, dejándola mil pesos en oro y plata, por si se le ofreciera algo.

Cuando el marqués vino no había más que hacer que la llevada de mi esposa, cuya separación le costó, como era regular, muchas lágrimas; pero al fin se quedó, y yo marché en la misma tarde á dormir fuera de garita.

Aquí llegaba don Antonio, cuando uno de los reglamentos de la cárcel volvió á interrumpir su conversación.

